

TUNELES

5

A woman with dark, feathered wings stands on a dark-colored classic car. She is wearing a dark, form-fitting dress. The background is a fiery, hellish landscape with red and orange flames and dark, skeletal trees. The overall tone is dark and dramatic.

ESPIRAL

Roderick Gordon — Brian Willi

De regreso en la superficie de la Tierra, Will y sus amigos están escondidos en un lugar seguro, entrenándose bajo la atenta mirada del padre de Drake y preparando un plan de ataque para la guerra que se avecina. Pero ese intervalo de paz no durará mucho. Las malévolas mellizas han ideado un sistema para apropiarse del mundo. Y el ejército de los styx está a punto de entrar en una nueva y sorprendente fase.

Esta vez, lo styx han traído a ejemplares femeninos, mucho más letales que lo que nuestros héroes esperan y dispuestas a arrasarse con todo lo que se interponga en su camino. ¿Podrán Will y sus camaradas mantenerlas a raya?

Los autores de Túneles, la saga más apasionante de los últimos tiempos, nos traen en esta aventura una auténtica espiral de emociones, peligros y acción trepidante.

Nota del editor inglés

Sí, ésta es realmente terrorífica. Cuando recibí el manuscrito, no estaba seguro de que los seguidores de Túneles estuvieran preparados para conocer el espeluznante secreto de los styx. Pero cuando vi que Rod se echaba a reír como un demente, supe que había querido escribir la entrega más emocionante de una serie ya de por sí asombrosa. Lo único que digo a los lectores es que tengan cuidado, nada más.

Barry Cunningham,
editor

TÚNELES 5
Espiral

The freezing fog in mid-November
Downhill all the way, downhill all the way
How I wish the roads were straighter
Let's panic later, let's panic later

(La fría niebla de mediados de noviembre
siempre colina abajo, siempre colina abajo
cuánto me gustaría que los caminos fuesen más rectos
ya tendremos miedo después, ya tendremos miedo después)

«Let's panic later», del álbum 154 de Wire, 1979

Llega un momento en el que ya no llega ningún momento.

Libro de la proliferación, siglo xv (Traducido del original rumano)

PRIMERA PARTE

La fase



1



¡Boouuuuuuum!

Aparte del ruido y del miedo a sufrir daños personales, lo más terrorífico de una explosión es la fracción de segundo en la que el mundo se rompe. Es como si el tejido del tiempo y el espacio se abriera por la mitad y cayeras por la grieta sin saber lo que te espera al otro lado.

Cuando el coronel Bismarck recuperó el conocimiento, estaba tendido en el suelo de mármol. Durante un momento fue incapaz de moverse, como si su propio cuerpo se lo prohibiera. Como si su propio cuerpo supiese mejor que él lo que tenía que hacer.

Aunque reinaba un silencio absoluto, al coronel ni siquiera le extrañó. No tuvo sensación de alarma ni de urgencia. Levantó la mirada hacia el techo destrozado en el que los blancos pedazos de yeso se balanceaban suavemente. Su movimiento lo cautivó, adelante y atrás, adelante y atrás, como si estuvieran a merced de la brisa. Aún lo hechizó más el espectáculo cuando uno de los trozos se desprendió, cayendo a cámara lenta hacia el suelo que lo rodeaba.

Comenzó a recuperar la audición.

Distinguió un repiqueteo que le recordó a un pájaro carpintero.

—*Vater* —dijo, recordando las excursiones de caza que había hecho con su padre en las selvas de Nueva Germania. A veces duraban hasta una semana; dormían en una tienda de campaña y cobraban juntos las piezas.

Era un recuerdo reconfortante. Caído en medio de los escombros, el coronel suspiró como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Volvió a oír el repiqueteo, aún en la lejanía. No lo asoció con disparos de armas automáticas.

Entonces otra explosión sacudió el edificio Royal Mint. El coronel cerró los ojos ante el repentino fogonazo, cuyo fulgor era tan brillante como el sol de su mundo en el centro de la Tierra.

La onda expansiva le pasó brutalmente por encima, robándole el aire de los pulmones.

—*Was ist...?* —balbuceó el coronel, todavía en el suelo, mientras el cristal pulverizado cruzaba la habitación como granizo y se estrellaba tintineando a su alrededor, sobre el mármol pulido.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que algo andaba mal. Todo empezó a llenarse de un humo negro y asfixiante, incluso su cerebro parecía lleno de aquel humo.

—*Wie komme ich hierher?* —se preguntó, esforzándose por comprender.

No tenía ni idea de cómo había llegado allí. El último recuerdo con claridad suficiente para fiarse de él consistía en haber caído en una emboscada en Nueva Germania. Recordaba haber sido capturado por los styx, pero después de aquello (lo cual le parecía extraño) sólo recordaba una luz morada. No, luces moradas, muchas luces, brillando con tanta intensidad que incluso le nublaban la memoria.

Se acordaba vagamente del largo viaje a la corteza exterior, y luego de poco más, hasta que se vio en un camión con un pelotón de soldados suyos, soldados neogermanos.

Los habían llevado a un edificio grande, una fábrica. Y en relación con aquella fábrica, y todavía en el primer término de sus recuerdos, había algo, algo que había necesitado hacer. Una misión de importancia tan vital que posponía todas las demás consideraciones, incluso su propia supervivencia.

Pero en aquel preciso momento era incapaz de decir en qué consistía aquella misión. Y no pudo dedicar más tiempo a pensar en ello porque una ráfaga de metrallera que sonó muy cerca lo impulsó a entrar en acción. Se incorporó hasta quedar sentado, contrayendo los músculos de la cara para contrarrestar el agudo dolor de cabeza que sentía en el punto en que había chocado contra el suelo. Tosiendo y jadeando a causa del acre humo que le entró en la garganta, supo que su prioridad era ponerse a cubierto.

Se arrastró hasta una puerta donde el humo era menos denso y comprobó que comunicaba con un despacho de techos altos y con un escritorio en cuya superficie había un jarrón con flores. Cruzó el umbral, cerró la puerta de una patada y se apoyó en ella mientras se hacía un repaso físico. Tenía el pelo apelmazado con la sangre de una herida de la nuca, pero no sabía si era grave o no; la piel que la rodeaba estaba entumecida y sabía por experiencia que las heridas en la cabeza siempre sangraban profusamente. Se pasó las manos por el resto del cuerpo y no encontró más heridas. No vestía uniforme, sino una chaqueta y ropas de paisano que no reconoció. Pero al menos llevaba puesto el cinturón militar, y la pistola seguía en su funda. La sacó, sopesándola en la mano. Era algo que conocía. Esperó, atento a los ruidos del otro lado de la puerta.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Momentos después oyó voces inglesas y un crujir de botas que pisaban los escombros del pasillo en el que había estado. Alguien abrió la puerta cargando contra ella con el hombro e irrumpió de golpe. El hombre iba vestido de negro, con la palabra POLICÍA estampada en el pecho. Llevaba máscara anti-

gás y casco, y además empuñaba un arma automática que el coronel no había visto nunca.

El coronel pilló por sorpresa al policía y le rodeó el cuello con el brazo, dejándolo inconsciente. Mientras la radio del hombre zumbaba, el coronel le quitó rápidamente el uniforme y se lo puso. Al acoplarse la máscara antigás se dio cuenta de que seguía sangrando de la herida de la cabeza, pero ahora no podía ocuparse de eso.

Inspeccionó el fusil de asalto y comprobó que era bastante sencillo. Luego salió de la habitación y dio un par de pasos en medio del humo, dándose de bruces con otro policía vestido con el mismo equipo de asalto. Cuando sus miradas se encontraron a través del cristal de las máscaras, el otro le hizo una seña con la mano, pero el coronel no sabía cómo tenía que responder. En los ojos del otro hombre se dibujó un interrogante. Pensando que había descubierto su disfraz, el coronel comenzó a levantar el fusil de asalto H&K.

Lo salvó otra explosión que sacudió el pasillo y lo arrojó al suelo. Medio aturdido, el coronel se levantó como pudo y corrió dando bandazos hacia la entrada principal, donde las puertas colgaban precariamente de las rotas bisagras. Al dar un traspie estuvo a punto de perder el equilibrio y salió tambaleándose a la acera que rodeaba el edificio.

Se detuvo en seco.

Ante sí tenía un cordón de hombres armados... demasiados para reducirlos a todos. Estaban parapetados detrás de vehículos reventados y de escudos antidisturbios, con los puntos rojos de las miras láser fijos en él.

No estaba preparado para lo que ocurrió a continuación. Con la cabeza dándole vueltas y los sentidos embotados, no supo reaccionar cuando le arrancaron el fusil de las manos. Dos agentes lo levantaron por los aires y se lo llevaron en volandas en un abrir y cerrar de ojos.

—Todo va bien, compañero, no te preocupes. Te vamos a ayudar —le dijo con simpatía el hombre que tenía a la iz-

quierda. El otro policía dijo algo, pero el coronel no lo entendió.

Los escoltas le quitaron el casco y la máscara antigás.

—No eres de los nuestros —comentó el policía al ver la cara ensangrentada del coronel.

—Debe de ser del Equipo E, un campesino —añadió el otro. Pero el coronel no escuchaba. A menos de siete metros había un cadáver tirado en la calzada, rodeado por varios policías que reían y bromeaban mientras uno lo golpeaba con la puntera del zapato. El coronel reconoció al muerto de inmediato. Era un neogermano de su propio regimiento. Conocía bien al soldado, y a su mujer... habían tenido una hija hacía poco. El coronel trató de librarse de los dos policías que lo sujetaban, pero lo tomaron por un ataque de furia.

—Tranquilo. En menos de una hora tendremos a los demás en bolsas de plástico y etiquetados —prometió el más alto de los dos policías dando un gruñido—. Sean quienes sean esos bastardos, ya hemos cogido a cuatro.

Mientras el coronel seguía intentando liberarse, el otro policía habló con voz entrecortada, como si estuviera a punto de explotar de cólera:

—Tómatalo con calma, compañero. Deja que nosotros terminemos el trabajo.

El coronel gruñó un «sí» al darse cuenta de que tenía que seguirles la corriente si no quería que lo tomaran por uno de los responsables. Dejó que los dos policías lo ayudaran a llegar al extremo de Threadneedle Street y a una travesía en la que había ambulancias.

—Ocúpese de él, ¿quiere? Le ha pillado la última explosión —ordenó a un enfermero uno de los policías. Lo dejaron allí y volvieron a toda prisa al Banco de Inglaterra.

Dentro de la ambulancia, el enfermero comenzó a reconocer al coronel.

—Bonito bigote —le dijo. Por la forma en que le temblaban las manos, estaba claro que el enfermero no había

visto nunca una acción como aquella. Limpió la herida de la cabeza del coronel y estaba ultimando el vendaje de urgencia cuando se oyeron gritos en el extremo de la calle. Llegaban camillas con más heridos. El enfermero fue en su ayuda, dando al coronel la oportunidad que había estado buscando. Aunque todavía estaba algo mareado, bajó por la parte de atrás de la ambulancia y se alejó.

Con tanto personal de uniforme en la zona (policías y personal militar) nadie reparó en el coronel. Avanzando en todo momento por calles laterales, no se detuvo hasta que se fijó en la entrada trasera de uno de los grandes edificios de oficinas. Las puertas estaban abiertas y pudo ver dentro una rampa que conducía a un aparcamiento subterráneo. Se dirigió allí y fue probando coches en busca de uno que no estuviera cerrado con llave. Entonces apareció un hombre vestido con traje de rayas. El hombre se dirigió en línea recta a un todoterreno de gran tamaño; en el momento en que dejaba dos maletas en el interior, el coronel lo dejó sin sentido de un golpe. Se quitó la guerrera de policía, se puso la chaqueta del hombre, subió al coche y cerró la puerta.

Aunque hasta entonces sólo había conducido coches con el volante a la izquierda, no tuvo problemas para subir la rampa y recorrer las calles. Mientras se unía a una hilera de coches que esperaban para salir de los disturbios de la City, rebuscó en los bolsillos de la chaqueta. Encontró una cartera, sacó las tarjetas de crédito, las desplegó en el asiento del copiloto y las inspeccionó. Acto seguido sacó un carné de conducir en el que constaba la que sin duda sería la dirección del hombre y se puso a mirar los rótulos y nombres de las calles que tenía al alcance de los ojos. No sabía cómo iba a encontrar la casa del hombre, pero podía tomarse su tiempo dado que no lo acechaba ningún peligro inminente.

Pulsó un botón de la consola que tenía al lado del asiento y en una pequeña pantalla del salpicadero apareció el emblema azul y blanco de la casa BMW. Sonrió. Unos

cuantos clicks más y estaría orientándose con el sistema GPS. Tecleó la clave que había en el reverso del carné de conducir. Cuando una autoritaria voz femenina comenzó a recitar direcciones, el coronel asintió con la cabeza, permitiéndose esbozar una sonrisa aún más amplia.

—*Bayerische Motoren Werke* —murmuró, acariciando con deleite la lujosa piel que forraba el volante—. *Ausgezeichnet*. —El coronel conocía bien aquella marca porque su padre había pilotado aviones fabricados por la empresa durante la Gran Guerra.

Algunos aspectos de este mundo exterior que el coronel veía por primera vez le resultaban tan familiares que podía casi fingir que se encontraba todavía en Nueva Germania. Pero había otros aspectos a los que le costaría acostumbrarse. Por ejemplo, la gravedad era tan fuerte que cada movimiento suponía un esfuerzo, como si tuviera los miembros de plomo.

Y el sol...

Miró a través del oscurecido parabrisas, fascinado por el ardiente globo que colgaba del cielo, más pequeño y débil que el que había conocido toda su vida, siempre encendido y omnipresente. Ni siquiera en aquel instante lo tenía directamente encima y para él era toda una novedad que se ocultara tras el horizonte, originando así la noche, la *oscuridad*.

Y la gente que circulaba por las calles. Gente de todas las razas. Miró a un anciano de raza negra que tropezó y cayó al suelo. Una mujer blanca se acercó inmediatamente para ayudarlo.

Nueva Germania había sido unirracial, no por libre elección, sino a causa de sus orígenes, y el coronel Bismarck conocía demasiado bien las atrocidades que se habían cometido en Alemania durante la guerra. Mientras observaba el heterogéneo río de personas que salían de la City, sonrió. Realmente se encontraba en una civilización progresista.

Continúe trescientos metros hacia la rotonda de Old Street, luego doble por la segunda salida, recitó mecánicamente el GPS.

Aunque los styx lo hubieran arrancado de su patria y arrojado a aquel mundo nuevo y extraño, no pensaba tirar la toalla. Era un hombre de recursos, un superviviente.

Y además tenía una cuenta pendiente.

2



—¡Maldita sea! —murmuró una voz en la pegajosa oscuridad de la cabaña de la finca de Parry. Si hubiera habido alguien allí para ver la rapidez con que el hombre se acercó a la ventana surcada de telarañas, no habría dado crédito a sus ojos. Cuando apartó la andrajosa cortina, la luz que se filtraba entre la lluvia cayó sobre su rostro: era el rostro de un sesentón.

Pero no era un rostro normal; su piel estaba ligeramente levantada, formando círculos concéntricos alrededor de los ojos. Y había una red de arrugas en su frente que le llegaba a las sienes y debajo de las orejas. Era como si unos gusanos se hubieran arrastrado por su carne y dejado huellas a su paso.

—¿Quién centellas anda ahí? —preguntó el hombre, haciendo una mueca mientras se apretaba con fuerza las orejas de la gorra. El movimiento despertó crujidos en el forro metálico de la prenda. Repitiendo la pregunta, se apartó lentamente de la ventana.

—¡Detente! —exclamó Chester mientras Will corría a toda velocidad hacia la cancilla que había en el camino que tenían delante.